

BV4217

T4

V. 21

1871-93



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de los Sucesores de N. Ramirez y C.^a - Barcelona.

PANEGÍRICO
DE SAN ESTANISLAO DE KOSTKA.

*Invenit eum... in loco horrois... do-
cuit eum et custodivit quasi pupillam
oculi sui. Sicut aquila... assumpsit eum,
aliqua portavit in humeris suis... Con-
stituit eum super Iacobaeam terram, ut
comederet fructus agrorum, ut auferret
mel de petra.*

Hállole en un lugar de horror; le
adoctrín, y guardóle como la niña de
sus ojos. Como el águila le tomó, y tras-
portó sobre sus hombros. Hizole dueño
de una tierra excelente para que chu-
para la miel de las peñas.

(DEUT. xxxii, 10 et seq.)

Las anteriores palabras, hermanos míos, ponen de manifiesto la providencia de Dios para con su pueblo, pueblo escogido por Él para anunciar su nombre á las naciones extranjeras; pueblo esclarecido por sus magnánimas empresas é insignes victorias; y mucho más aún por los santos varones que le rigieron, por sus esforzados capitanes que ordenaron los combates, por sus venerables pontífices que fueron los custodios de la religion, y, especialmente, por los singulares prodigios y milagros que siempre le defendieron. Extrañáreis tal vez, hermanos míos, que aplique hoy esta alabanza á un jóven de corta edad y de apacible indole, que vivió pocos años, y que para defender el brillo de la religion de sus padres no vistió la coraza, ni el yelmo, ni los pacíficos ornamentos del sacerdocio. Empero, en la vida de Estanislao de Kostka brillan tan preclaras acciones, tan admirables prodigios, que no es posible dejar de admirar su robusta santidad y reconocer, que Dios renovó en Estanislao las pruebas de amorosa providencia, que mucho ántes habia dado á su pueblo predilecto. Hállole en un lugar de horror; le adoctrín, y guardóle como la niña de sus ojos. Como el águila le tomó y trasportó sobre sus hombros. Hizole dueño de una tierra excelente para que chupara la miel de las

TOMO II.

4
008351

peñas.» Este paralelo, obra, al parecer, de la cómodora fantasta, si bien se examina, puede ser considerado como concepto verdadero de evangélica alabanza. ¡Ah, hermanos míos! gobernar reinos, cuidar de la dirección de su familia, acometer heroicas empresas, ser modelo de acciones privadas, son cosas y nombres que entrañan gran significación para con los hombres; pero que carecen de valor ante Dios, á cuyos ojos todo es pequeño y deleznable, porque con una sola mirada lo abarca y gobierna todo. En este concepto creo no tomaréis á mal, que á la luz de la anterior historia, os presente la del jóven Estanislao con iguales rasgos y las mismas circunstancias, que tanto enaltecieron la de la salida de Egipto del pueblo hebreo. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Considero, primeramente, á Estanislao, establecido en la casa que tuvo que habitar en Viena por orden de su hermano Pablo. A la sazón éste estudiaba en aquella ciudad por mandato de su padre, y era mayor que Estanislao: ambos se hospedaban en casa de un luterano, quien les ofreció lujosa y bien amueblada estancia. Hé ahí, hermanos míos, donde nuestro Santo estuvo como cautivo en Egipto, y donde no le faltó, como veremos luego, un Faraon en la persona de su propio hermano. Cierta es que se distinguía Estanislao, desde su más temprana edad, por la pureza de sus costumbres, rezando frecuentemente, multiplicando los ayunos y practicando las más rígidas penitencias; bien que todo esto debiera hacerlo ocultamente como comprenderéis. En esta angustiosa situación le vió Dios, situación verdaderamente horrible; y aquella solicitud que tomó á favor de su pueblo instruyéndole en una tierra infiel, y defendiéndole de sus enemigos, la toma también por Estanislao cual si fuese la niña de sus ojos.

Y observad de qué manera le enseñó, inculcándole celestiales doctrinas. ¡Oh, qué amoroso magisterio! Dios atraía á Estanislao con el olor de sus místicos aromas, hasta en las más solitarias iglesias y en los más apartados aposentos; y aquí, conversando con él, le inspiró tal desprecio de las cosas del mundo, que á los que le censuraban este desprecio, á los amigos que le invitaban á compartir sus diversiones; al hermano que le estimulaba á distinguirse en los banquetes, recordándole que estaba en la flor de su edad y que había nacido para las cosas de la tierra: Solo aspiro, contestaba, á las cosas y dulzuras del Cielo, del cual en vano tratáis de desviarla. Dibábase en aquella casa fiestas suntuosas y opípros banquetes; mas nuestro Santo nunca se dejó arrastrar por estos placenteros y seductores objetos.

Su gusto hubiera sido huir enteramente del trato de los hombres; mas, no pudiendo conseguirlo, se sustraía á lo ménos con el espíritu, que se recreaba pensando en el Paraíso. Este era uno de los divinos secretos por el cual, en medio del bullicio y de la algazara, gozaba las dulzuras de la soledad y del silencio. Dios se lo había enseñado en aquellos maravillosos éxtasis, en los cuales le llamaba de vez en cuando á las instrucciones familiares que Él mismo se complacía en darle. Postrábase algunas veces el santo jóven, puestos los brazos en cruz, ya extendidos, ya sobre el pecho, y se le veía, primeramente, mudar el color, luego volverse su rostro encendido, y por último, brillar sus ojos al fijarlos en la imagen de la Virgen ó de Jesús. Entre tanto corrían de sus ojos dos ríos de dulces lágrimas, que bañaban el sitio donde se hallaba Estanislao; y levantábase su cuerpo poco á poco como para seguir al alma, que parecía querer abandonarle para ir á unirse con Dios. El angustio no sentía ninguna impresión en su cuerpo; y ya fuese la noche larga, ya el tiempo crudo, no sentía ni sueño ni frío, pasando largas horas escuchando y meditando la doctrina de su Maestro.

Imbuído, pues, en estas doctrinas, que con avidez aprendía Estanislao, no debe maravillarnos si en aquel lugar de horror no le hacían mella los ejemplos del luterano, ni le vencían las sugerencias de Pablo; quien, seguramente, no solo deseaba que su hermano fuese ménos devoto y piadoso, sino discolo y libertino. Pablo no cesaba de repetir, que él asistía siempre á la iglesia y ayudar muchas misas, que el ayunar á menudo y vestir humildemente, presentándose desaliñado, eran cosas que le acarrearían el desprecio y debían ruborizarle. Puede vivirse, solía decir, como se vive generalmente, vistiendo con elegancia, dando y aceptando banquetes, y solazándose en los años juveniles; añadiendo, que esto lo decía en bien de su hermano, porque no estaba dotado de una complexion robusta para dormir pocas horas, orar mucho, y disciplinarse con frecuencia. Estas indignas amonestaciones se repetían todos los días; y me atrevo á decir, que esta persecución contra un jóven de catorce años, era más temible que la que sufrió en Egipto el pueblo de Israel. ¡Dios mío! la poca edad, la suave índole, el amable trato, y aquellos estímulos ponían á dura prueba la constancia de Estanislao. Se quiere, sin embargo, á todo trance que no se entregue Estanislao á la soledad, y que frecuente el trato de los hombres; y esto se lo recomienda con insistencia, no un extraño, sino su propio hermano. Y cómo no escucharle, si él le ama como á sí mismo? No obstante, Estanislao no dá oídos á sus reconvenções, no le contesta, y prefiere tenerlo por

contrario y enemigo ántes que faltar á su Dios y Señor. Con efecto, Pablo ya no habla á su hermano sino injuriándole; y lo que es más aún, ensañándose con él hasta la crueldad. Conmovia profundamente el corazón, hermanos míos, ver al imberbe jóven arrastrado por los cabellos, pisoteado y abofeteado por su feroz hermano. Pero más de admirar era verle levantarse sin proferir una sola queja, ni aún una palabra destemplada, y mirando al cielo y á su hermano á la vez, inspirar compasión, ántes que por sí, por su cruel hermano. Maravilla y piedad que se renuevan frecuentemente, sin que en el transcurso de cerca de dos años, la implacable sana de Pablo pudiese desviar á Estanislao de la senda que se habia trazado. ¡Oh divina doctrina! ¡de cuánto no eres capaz en el alma fiel que te escucha!

Ciertamente fué grato y consolador ver á Estanislao salir airoso y triunfante de tan rudas pruebas; y bien es lícito exclamar aquí, que Dios lo custodió como cosa suya. En vano fué que el demonio se le presentase delante, y cual fiera le asaltase por tres veces, á la sazón que Estanislao estaba gravemente enfermo y postrado en el lecho. Parece, sin embargo, que Dios casi temiera que la tétrica imagen del Infierno hubiese turbado la razon de la amable niña de sus ojos; pues, no se contenta con enviarle al punto los ángeles para ministrarle el viático, que en vano habia solicitado de los domésticos, harto temerosos del luterano en cuya casa se hospedaba, sino que descende visiblemente en brazos de su divina Madre á consolarle. Levanta Estanislao sus lánguidos ojos, sorprendido con la luz de aquel objeto divino; al verle se reanima su enfermo espíritu, y se incorpora repentinamente sobre su lecho. Entonces el divino Niño, desprendiéndose de los brazos de su santísima Madre, descansa en los de su querido discípulo. No me atrevo con humanas palabras á describir las gracias de aquellos coloquios, la suavidad de aquellos ósculos, la ternura de aquellos afectos; solo diré, que hasta despues de haber la Virgen tomado en sus brazos á su divino Hijo, no se convenció Estanislao de que aún no se hallaba en el Paraiso. Por esta razon os he dicho, que, verdaderamente, Dios *le guardó como la niña de sus ojos*; no tan solo porque le colmó de insignes favores y le dió la salud y la vida, sino porque lo hizo mediante tan extraordinario prodigio, viviendo en un lugar de horror, en una tierra de esclavitud.

En la órden que recibió Israel para salir de Egipto y encaminarse hácia la tierra de promision, veo la órden que dió Dios á Estanislao de abandonar el siglo para entrar en la Compañía de Jesús. Fué la Virgen la que le intimó la voluntad divina; y nuestro Santo obedeció, pues, al pensar en su ingreso en la Compañía de Jesús, pide á los su-

periores ser admitido en ella; sin que lo supieran, sin embargo, ni su hermano, ni ménos su padre, quienes hubiesen acogido con sumo enojo la noticia de la santa resolucion de nuestro héroe. Sin embargo, el consentimiento de su padre era circunstancia esencial para ser admitido Estanislao; y este consentimiento no debia esperarlo, Suplica, suspira, llora, se angustia y atormenta; pero todo es en balde. ¿Qué hará, pues, el desventurado para obedecer? No tiene un Aaron que le aconseje, ni un Moisés que le dirija; al contrario, se encuentra solo y aislado. Finalmente, adopta el partido de huir de Viena, y hace voto de no detenerse hasta que se cumpla la voluntad divina. Ciertamente que en esta fuga no os presento sino á un jóven de génio vivo y que frisa apénas en la edad de diez y ocho años, pobremente vestido, desgrefinado, y con el semblante encendido, y cubierto el rostro de sudor y polvo, el cual, apoyado en un toseco palo, solo piensa en hacer mucho camino. Verdad es, que en este cuadro nada veis aparentemente grande, nada magnífico ni guerrero. ¿No sucedió acaso lo mismo con el que nos presenta á la esposa delicada y hermosa de los Cantares, cuando para librarse de los rayos abrasadores del sol busca la sombra dó encuentra á su amado?

Pues esta esposa de Dios se asemeja al guerrero de Israel, que sumergió los carros de Faraon; y no con ménos razon puede ser comparado al guerrero de Israel el jóven Estanislao. Y ¿no reflexionais cuántas pruebas de helicosa virtud dió nuestro Santo? En todos sus pasos se admira el vigor de la oracion, el ardor de la guerra y la nobleza del triunfo, el cual, si querais, carísimos hermanos, contemplar con vuestros propios ojos, y admirar visiblemente el paragon, observad cómo sale de Viena el carruaje de su implacable perseguidor. Sabedor Pablo de la fuga de su hermano, emprende la marcha precipitadamente, y está ya á punto de alcanzarle; mas un caudaloso rio le detiene. ¡Oh pueblo de Israel! A la vista del mar Rojo tiemblass de pavor oyendo el estridor de las armas del ejército enemigo; tú promumpes en quejas contra tu Dios; mas tranquilízate, pues las aguas se dividen para franquearte el camino. En igual peligro se halló Estanislao: tiene delante un rio que no puede atravesar, al propio tiempo que descubre á poca distancia el carruaje de su hermano; en tal apuro pone su confianza en Dios, se lanza al rio, y ¡oh portentoso! lo pasa á pié enjuto. Habia alcanzado ya la opuesta orilla cuando llegó su hermano; quiere éste tambien cruzar el rio, mas no puede; y Estanislao, á imitacion de los hebreos al verse libre de sus enemigos, entona un sublime cántico de accion de gracias al Señor por el singular beneficio que acaba de dispensarle.

Pablo vuelve en sí, pues iluminado por Dios, detiene el curso de sus satélites, los cuales, abatidos y confusos, se quedan extáticos, y solo recobran el aliento cuando Pablo les ordena que retrocedan. ¡Ah Pablo, Pablo! reflexiona en lo que haces, y abre tu pecho al dolor por haber perseguido á tu inocente hermano; pues éste, si acaso lo ignoras, se dirige hácia Roma, en donde se le preparan altares: tú regresas á Viena, y á Polonia, tu pátria, en donde venerarás dentro poco su imagen. ¡Qué cuadro tan elocuente contemplar al hermano, que tan duramente habia maltratado á nuestro Santo, postrado á los piés de éste! ¡Oh dulce hermano! exclamaba Pablo; ¡cuán bárbaro y cruel fui contigo! Y recordando luego los cariños que Estanislao le habia prodigado en recompensa de los ultrajes recibidos, oprimiásele el corazon; y no pudiendo contener sus lágrimas y sollozos, exclamaba: ¿Cómo he podido tan bárbaramente tratarte? ¿Y cómo pudiste tú amarme tan tiernamente? ¡Ah! ¡piedad de mi, pobre pecador, santo hermano, piedad! ¡perdon por lo que hice, santo hermano, perdon! Esto decia; y profesando la misma religion, anhelaba el momento de abrazar á Estanislao, con el pensamiento fijo en el Cielo; y ordenando, que despues de muerto descansan debajo del altar del Santo sus cenizas. De esta manera se vengó Estanislao, y por decirlo mejor, de esta manera triunfó mejor que Israel, escudado con la proteccion divina; aún más: como el águila le tomó y trasportó sobre sus hombros. Esto que se ha dicho ya del pueblo de Dios puede aplicarse á Estanislao, recordando su largo viaje de mil doscientas millas que hay de Viena á Roma. ¡Dios inmortal! siendo nuestro Santo tan jóven, de complexion tan delicada, siempre solo y á pié, sin otro alimento que el que se procuraba por medio de la limosna, ¿cómo puede creerse que hubiera podido hacer frente á tantos trabajos y fatigas, si Dios no hubiese velado por él con el cuidado del águila por sus polvuelos?

Pero ántes que el santo viajero llegase al término de su viaje, observad, hermanos míos, que no le faltó el celestial maná con el que pudo alimentarse prodigiosamente; porque este favor, que fué dispensado á Israel en el desierto, no fué negado á Estanislao durante su peregrinacion. No creais que me refiero á aquel supremo consuelo con que Dios le alimentaba dulcemente el espíritu, ni á aquellos transportes de amor divino con que le favorecia; nada de esto: hablo de lo que le pasó á Estanislao cerca de Augusta, donde descubrió una iglesia que estaba abierta, y en cuyo recinto habia multitud de gente. Penetra en ella nuestro Santo para oír misa y comulgar; pero al punto repara que se hallaba en una iglesia luterana. Prorumpie en llanto al

considerar la profanacion del sagrado templo, y acrecientáse los deseos de recibir la sagrada Comunión. Éste, amados oyentes, éste es el maná celestial y verdadero, del que fué figura el otro que llovió sobre el peregrino hebreo, pero que éste le llovió á Estanislao visiblemente del Cielo. Ardía nuestro Santo, conforme hemos dicho, en deseos de tomar el alimento de vida eterna, cuando de repente ve un grupo de ángeles cual blanca nube, en cuyo centro despedia mil brillantes rayos la sagrada hostia que uno de los serafines llevaba con trémula mano y suma veneracion. Estremécese Estanislao, y fija en tan sublime y hermoso cuadro la vista, contemplándolo, no sé si os diga con maravillosa sorpresa, ó con amorosa ansiedad. Algunos ángeles se le acercan, y los otros le rodean, y todos se arrodillan reverentes á adorar la sagrada forma que Estanislao recoge en sus ávidos y cándidos lábios. Luego se agrupan de nuevo los espíritus celestiales, y se elevan poco á poco hácia la divina mansion.

Confortado con este prodigio Estanislao, ¿quién podrá seguirle en la fatigosa vida, á que le se consagra con mayor ánimo aún que ántes? Desafía impávido y sereno el frio, las escarchas, la lluvia y todos los elementos, para seguir la senda trazada por su divino Maestro. Pero consolaos, hermanos míos, que los dias de prueba han pasado ya; ya llegó nuestro Santo al término de tan laborioso camino. Las siete colinas y los elevados muros de Roma albergan ya á este tierno peregrino. Dios, el mismo Dios, lo ha conducido á su casa, como el águila conduce á su nido á sus pequeñuelos. Penetra felizmente Estanislao en el umbral del noviciado, postrándose á los piés del santo general Francisco de Borja, y observad las tiernas y sentidas palabras que le dirige. Padre, exclama Estanislao, no creo que haya dado fin á mi viaje, pero sí á mis deseos. Del mismo modo que me has visto venir de Viena, así me verás partir á las regiones más bárbaras y remotas, si tal es tu voluntad. Mi ardiente anhelo es el ser otro de tus Religiosos; así, por piedad, padre mio, admítame entre ellos, y sirvanme de mérito las lágrimas con que te lo suplico. Y diciendo esto presenta á Francisco de Borja las cartas que traia de Viena y de Dehlinga, las cuales demostraban quién era el que hoy veneramos en este templo. Miróle el santo general con sorpresa y admiracion, y abrazándole dulcemente, le dice: No más, hijo mio, no más: tu viaje queda aquí terminado, y tus deseos ván á quedar satisfechos. Estanislao prorumpie en copioso llanto; y no era preciso ser santo, como lo era el de Borja, para sentirse conmovido con las tiernas palabras del noble jóven recién llegado á Roma, no atraído por la esperanza de la gloria, ni por el deseo del oro ó de la púrpura, sino solamente por

el amor de los que deponen en el claustro las mayores fortunas y las más lisonjeras esperanzas del siglo fascinador. ¡Oh ejemplo, amados oyentes, que debe causarnos compuncion y ternura! Desde este momento Estanislao quedó admitido en la Compañía de Jesús, y podemos decir, que Dios le hizo dueño de una tierra excelente para que chupára la miel de las peñas.

La tierra prometida á Estanislao fué el ingreso en la Compañía de Jesús, cuya tierra le fué prometida desde el nacer, como lo indica el nombre augustísimo de Jesús, que se vió impreso en el vientre de la madre de nuestro Santo; tierra, sin embargo, nuevamente prometida por expreso mandato de la Virgen. No estuvo seguramente más contento Israel al verse, despues de mil trabajos y penalidades en la tierra de Canaán, que Estanislao al contemplarse dentro del suspirado claustro, en donde el Omnipotente le hacía experimentar más suavemente el fruto de su gracia; en donde Dios mezcla á la más rigida penitencia las dulzuras del Paraíso. Efectivamente; quien quiera ver á Estanislao derramar lágrimas de júbilo, no tiene que hacer sinó pedirle que describa su vida religiosa. Esta, exclama, esta vida, sí, que me satisface; nó así la que tenía ántes, pues era miserable. ¡Ah! no puedo contenerme, oh ángel immaculado, no puedo dejar de volverte á preguntar: ¿qué más podías desear en este mundo para estar contento y satisfecho? Tú fuiste visitado por la virgen Sta. Bárbara; tú te comunicaste varias veces con los ángeles; tú fuiste confortado con la presencia de Maria Virgen; tú, en fin, agraciado con los ósculos y caricias del Niño Jesús. Tu vida fué vida de ángel, y luego has sido venerado como santo. Y si todo esto aún no te satisface, ¿qué juicio deberemos nosotros formar de nuestro modo de vivir? Cuando oramos nos asallan mil distracciones, cosa que tú ni siquiera conociste. Tenemos á veces distraida nuestra mente en pensamientos impuros, de los cuales tú ni siquiera sentiste el hábito..... Nuestra lengua se mueve á veces algo libremente, cosa que tú no oías sin estremecerte; y en fin, nosotros estamos tal vez en pecado, del cual tú ni el nombre supiste. ¡Dios mío! exclamo: ¿qué vida era pues la de Estanislao! ¡Ah! hermanos míos, harto lo declaran aquellos extraordinarios trasportes que tenía en el claustro, que dejaba señalados con rayos de viva luz. Harto lo declaran aquellos improvisos asaltos de amor de Dios, que le hacían palpar el corazon en términos, que casi no podia respirar, siéndole preciso desabrocharse el pecho. ¡Ah! si hubiera vivido yo en aquellos tiempos, hubiese sido más feliz, pues mi corazon, ángel santo, se hubiera inflamado con el contacto del tuyo. Es indudable que Estanislao, al entrar en el claustro, no lo

hizo por querer experimentar la aspereza y la soledad, que son inherentes á aquel sitio, sinó para gozar de las delicias que en esta aspereza y soledad encontró, y que á él le fueron otorgadas de una manera especial, sin embargo de ser el más pobre y humilde de todos.

Pero ¿qué más os puedo decir en elogio de la santidad del héroe á quien consagramos hoy estos solemnes cultos, sinó que encontró delicias y placeres aún en las agonías de su misma muerte? Con efecto; penetrad por un momento en el aposento de Estanislao, y le vereis que yace en una reducida cama. Frisaba en la edad de diez y ocho años, y su semblante y sus maneras revelan dulzura y bondad. Habla, sonríe, y se regocija. Y ¿sabeis cual es el motivo de tanta alegría? El juzgar que le quedan pocas horas de vida. Al ménos así lo cree Estanislao, pues habla de una carta que ha dirigido á la Virgen, la cual le será entregada por el mártir S. Lorenzo, su protector; concluyendo por decir, que estará en el Cielo el día en que se celebrará el triunfo de la Asuncion. ¿Qué decís, atónitos anacoretas? Pero aguardad un poco, que su espíritu de penitencia vá mucho más lejos. Suplica Estanislao, que se le traslade sobre el duro suelo, y despues de las más vivas instancias lo obtiene de sus superiores. Vedle, pues, en el humilde pavimento; escuchad las palabras que pronuncia, palabras más bien propias de un gran pecador que va á morir; se recomienda á las oraciones de sus compañeros novicios, pidiendo á todos perdon de sus faltas; y dá dulces y tiernas gracias á la Compañía, que le acogió en su seno, proclamándose indigno de morir en ella. Ya no habló más, conociéndose que deseaba únicamente conversar con Dios. Despuntó el alba del día de la Asuncion, y no se veían en el rostro de Estanislao ninguna de las fatales señales que anuncian la proximidad de la muerte. Sin embargo, al aproximar á su vista la imagen de la Virgen, permanece nuestro Santo extático, y no articula palabra alguna. Y ¿cómo podia ser esto? ¿cómo podia Estanislao mostrarse apático á la vista de la imagen de la Virgen? ¡Ah! ¡ya no existía! Estaba en el Cielo... Veíase, sin embargo, que el santo jóven movia dulcemente los labios contestando á Maria, que habia descendido personalmente á acoger bajo su divino manto al bienaventurado espíritu. ¡Ah! fijad la vista en este cuadro, Hilarioses y Macarios, y entráneos al considerar á un jóven en la flor de su edad, agraciado, amable, de talento precóz y de prendas nada comunes, que muere de un modo raras veces visto entre los eremitanos de la Tebaida. Estanislao, al morir en el seno de un Orden religioso, que era su tierra de promision, experimentó el colmo de la felicidad.

Es de creer, que tambien admirarán la dichosa muerte de nuestro Santo el fiel Moisés, el valiente Finees, el venerable Aaron, y el guerrero Josué, quienes no pudiéron dejar de ver en nuestro jóven las huellas de la predelección que Dios tuvo hácia aquel pueblo, del cual fueron aquellos insignes varones guías y sacerdotes; destellos de divina sabiduría en instruirle, y defenderle, cual si fuese la niña de sus ojos; esforzado valor en libartarle de sus enemigos, y conducirle milagrosamente al puerto de salvacion; raso de amor divino, el hacer probar el Omnipotente á Estanislao las dulzuras de sus mayores beneficios.

Dignate, pues, santo y bienaventurado jóven, mirar con ojos de compasion el Egipto en el cual nosotros permanecemos todavia cautivos á causa de nuestras culpas, ó intercede para que, con tu ejemplo, podamos recobrar la verdadera libertad; pues, si aquel lugar demuestra el horroroso estado en que nos hallamos, sea debido á tu proteccion y apoyo el poder salir de él con felicidad. Asi sea.

PANEGÍRICO I

DE SAN ESTÉBAN PROTOMÁRTIR.

Gregorius Stephanum, virum plenum fide, et Spiritu Sancto.

Numbraron á Estéban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo.

(Act. Apost. vi, 5.)

Aunque nuestra santísima Iglesia militante, placentera y justamente ufana, cuente en el número de sus buenos hijos muchos millones de gloriosísimos héroes, que lleno el pecho de noble sangre atestiguan con valor la divinidad, y corresponden fieles á los beneficios de su supremo y amorosísimo Libertador, parece que se exalta y brilla más de lo ordinario en el invicto capitan de todos los mártires, S. Estéban, cuya triunfal memoria celebramos hoy, y con justicia. Porque no podemos honrar mejor la Natividad de Nuestro Señor, trémulo y envuelto en pobres pañales entre los mayores rigores de la fria bruma, que presentándole en su virginal y adorada cuna la victoriosa sangre del pacientísimo Levita; y meciéndolo reverentemente en su divino llanto, colocar sobre los altares, á la vista de Cielos y tierra, unidas con hermoso misterio, las primicias de nuestra redencion y las de nuestro reconocimiento; los vagidos de un Dios, que comienza á padecer por nosotros; y las últimas boqueadas de un hombre, que fué el primero que murió por Él; la obra más insigne del brazo omnipotente, y el esfuerzo más heroico que es dado alcanzar á la virtud humana enaltecida por la divina gracia. Y en verdad, hermanos míos: gran corazón, por salvaje y duro que fuere, no se conmovería á la vista de la sangre del Protomartir, como en acto de aplaudir y festejar al Salvador recién nacido, y como decimos en su habla: Aprended, fieles, de la sangre de un mártir, licuada por un milagro de amor; aprended á celebrar la Natividad, y á corresponder á la inmensa y ardentísima caridad de un Dios, que por vosotros se hizo

pasible y mortal? Y si os falta la suerte ó el valor de verter por Él vuestra sangre, deseadlo al ménos, y admirad con santa envidia el heroismo de aquel, que con tanta abnegacion y fuego derramó la suya, y que en pós de tantos siglos todavia conserva su ardor. Estas palabras parece que nos está diciendo, hermanos míos, la sangre de San Estéban. Y mucho más podria manifestarnos esta sangre venturosa, puesto que es sangre de un mártir, que entre cuantos tuvieron la gracia y la dicha de morir por Jesucristo, se distinguió de tal manera en su virtud, que no solo es llamado el primero por razon de orden, sino tambien de mérito. El primero, en confundir con su celestial sabiduria la supersticion del hebraismo; el primero, en demostrar con su muerte magnánima la verdad de nuestra naciente religion; el primero, en ilustrar con su divina caridad la altísima ley evangélica. Hé ahí porque mereció ser enalzado por la pluma apostólica; y tan colmado de sabiduria, gracia, fortaleza y de todos los dones del Espíritu criador, que al mover su majestuoso semblante, no parecia hombre mortal y terreno, sino inteligencia celeste é inmortal.

Increado y sempiterno Verbo, fortaleced mi lengua para que pueda hablar dignamente de un mártir, cuyos sangrientos triunfos coronan tambien estos dias, y nos hacen dulce y amable vuestra carísima y dulcísima Natividad: *A. M.*

Nuestra divina Religion, que entraña tanta luz para ser creida, cuanta le comunica la Verdad eterna, de la cual dimana, sobrepaja y excede á nuestro flaco limitado entendimiento con sus profundos misterios. ¿Quién es capaz de comprender el cúmulo de portentos que con veneracion adoramos en Jesucristo? ¡Hijo de Dios é hijo de mujer; inferior al Padre é igual á Él; nacido en el tiempo y en la eternidad; débil y omnipotente; siervo y señor; gloria é ignominia; patibulo y corona; cruz y bienaventuranza; muerte y divinidad! A estas cosas; justamente, que tanto desagradan al entendimiento humano, doblaron tan pronto y tan felizmente el corazon y la frente, la creencia y los afectos, tantos pueblos de carácter y costumbres muy diversas, bárbaros y civilizados, feroces y mansos, cultos y salvajes, dóciles é indómitos; no por el atractivo de placeres sensuales, ó por temor á las armas, ó por anhelo de especiosas novedades, ó por acatamiento á respetables autoridades, sino al contrario, por una moral tan austera y tan rigida, que toda ella es mortificacion y penitencia; y eso á despecho de la filosofia pagana, que la afeaba como ilusion y locura; y de la tiranía coronada, que la castigaba como sacrilegio y maldad. Y lo que más

enaltece este hecho es, que fué difundido por la sencilla predicacion de unos pocos hombres inermes, desconocidos, pobres, despreciados, sin distinciones, sin fama, sin crédito y sin nombre. Mas aquel Dios, que con fuerte y suavísima providencia dispone y rige todas las cosas, como no pide una fé estúpida y grosera, sino racional y perspicaz, ni quiere un culto tumultuoso y forzado, sino amoroso y libre, con tal sabiduria enriqueció la muerte, y tal gracia concedió á las palabras de los encargados de enseñar al mundo las verdades eternas, que el no humillarse ante sus divinos y victoriosos razonamientos fuese más bien delito inexcusable de un corazon empedernido en su malicia, que de un entendimiento delicado y celoso.

Mas, si el Espíritu criador fué generoso en repartir ese dón de sabiduria y de lenguas entre todos los apóstoles, es de suponer que fuese generosísimo con S. Estéban, puesto que debía distinguirse desmintiendo y confundiendo la indomable incredulidad de los judios. ¿Qué árdua y terrible empresa fué ésta, Dios eterno! No se trataba ya, hermanos míos, de impugnar como entre los gentiles, errores y engaños, que nacidos del Infierno, de la politica, del capricho y de la fábula, descubrirían su vanidad y su inconexion á la voz de la naturaleza y de la razon; no se trataba de apelar á la vergüenza y al pudor para reprimir el culto de deidades torpes y nefandas, labradas por el vicio y la libertad de pecar; tampoco se trataba de leyes tiránicas y bárbaras, que recompensaban igualmente delitos verdaderos y falsas virtudes, leyes contra cuya injusticia é iniquidad se sublevaba la conciencia. Tratábase, hermanos míos, de desacreditar á un culto celestial por su origen, de abolir una ley comprobada con milagros, santa é inmaculada en sus ritos, justa y recta en sus preceptos, casta y sincera en sus obligaciones. De sus incienso habian brotado muchas llamas gratas al Señor; sobre sus altares habia bajado más de una vez fuego del Cielo para consumir los sacrificios; muchos de sus sacerdotes habian sido oráculos; su Templo, lleno con frecuencia de la majestad del Señor, casi diríamos que competia con el Paraíso en gloria y en belleza. Religion esclarecida y famosa por dilatada série de santísimos patriarcas, en cuyas piadosas tiendas, en más de una ocasion, se hospedaron ángeles; por iluminados profetas, que en los acontecimientos remotos que revelaron, pusieron de manifiesto los más recónditos arcanos de la divinidad; por esforzados capitanes, bajo cuya bandera militaron más de una vez los astros y los elementos; por incóntos reyes, en fin, cuyo cetro vió florecer con tanto lauro la bondad y la clemencia, la equidad y la justicia. Esa religion de tamaña grandeza, no solo habia de derro-

carla S. Estéban, sinó que, además, con la pompa y magnificencia de aquel Dios que le había confiado tan sublime misión, debía el Santo levantar gloriosamente hasta el Cielo, sobre sus ruinas, la humildad del Evangelio, los oprobios del Calvario, la ignominia de la cruz, de la pasión y muerte de Jesucristo.

Imaginad ahora, hermanos míos, si podeis, cuánta sabiduría, cuánta grandeza de conocimiento, cuánta dulzura y eficacia en la palabra habría monester el esforzado Levita. Bien es verdad, que todo lo sublime, heróico y pomposo que celebraba en sus anales de la Sinagoga, todo se dirigía al Hombre-Dios, como convergen los radios de la circunferencia al centro; todo era sombra é imagen de la nueva Iglesia que había fundado sobre la justicia y la santidad. Mas ¿cómo conseguirlo, si preocupados los péridos judios con el deseo de un reino mundano y caduco, estaban tan distantes de creer, que la persona del Salvador fuera el prometido Mesias, que se habían vengado de Él tratándole como si fuera un vil impostor? Para anoadar, pues, á aquellas culpables y perdidas gentes, ya que no fuese posible convertirlas é ilustrarlas, necesitaba el santo diácono aquella plena inteligencia que Dios le comunicó, de las visiones y oráculos de los profetas, de los misterios y mandamientos de la ley, de los ritos y ceremonias de los sacrificios, de los prodigios, portentos y vicisitudes comprendidos en la divina historia; y todo con una minuciosa percepción de la oculta y natural relacion de tantas cosas, ya entre sí, ya con Jesucristo, su único principio y principal fin. Convenía tambien para predicar á tan pertinaz auditorio esas odiosas é ingratas verdades; aquella firmeza y constancia de ánimo que tuvo, sólido é inmutable, á despecho de todas las prevenciones y sorpresas de la costumbre; aquella alteza y señoría de genio inflexible é igual ánte todas las seduciones y amenazas del siglo; elevacion de ánimo inalterable y sereno ánte el terror y espanto de la muerte. Necesitaba, para predicar con dignidad, prontitud de entendimiento, viveza de imágenes, dulzura y sultura de palabras; órden, calor, evidencia de argumentos, prubas y razones. Necesitaba, en fin, una elocuencia que la suya, grande, magnífica, virtuosa; elocuencia tal, que quien intentase resistir á ella quedase derrotado y confundido, ya que no convencido, debiendo mirársele como uno de los entendimientos más contumaces y rebeldes.

Con efecto, hermanos míos: colmado de tantas y tan raras prendas el sapientísimo Levita, no es fácil relatar todo lo grande, heróico y maravilloso que dijo y emprendió en defensa de la divinidad y gloria de Jesucristo. Predicóla y enaltecióla, no ocultamente y en

reuniones particulares, sinó públicamente á la faz de Jerusalén; predicóla, no á la gente humilde y de fácil persuasion, sinó á toda clase de personas; no en circunstancias propicias, sinó en toda ocasion por encontrada que fuese. Predicóla sin rodeos, sin reserva y sin lisonja; predicóla con libertad, ardor y celo, resonando siempre su voz en las plazas más concurridas, en los umbrales más frecuentados del Templo, en presencia de los príncipes de los sacerdotes, en las mayores solemnidades de la Sinagoga, entre el humo de las víctimas y del incienso. Y en su predicacion nunca se le vió conmovido por la actitud de las turbas, ni arredrado por las amenazas de los magistrados, ni amedrentado en lo más mínimo por la contradicion y la ira de aquellos á quienes vencía. Mientras brillaba la fama con el nombre de Estéban y de su heróica é invencible sabiduría, no solo en Jerusalén sinó en toda la Palestina, sorprendida y avergonzada la celosa politica de los pontífices y sacerdotes, recelando justamente la completa ruina de su religion, dorando la violencia con el celo, obligaron al santo diácono á que diéra cuenta de su nueva doctrina en plena asamblea. Aquí sería monester, hermanos míos, un destello de la sabiduría y de la elocuencia de Estéban para pintaros dignamente la grandeza de este acto. Absortos quedaron á primera vista los doctores de la ley, aquellos altivos sátrapas de Israel, al presentárseles aquel jóven, que con la dignidad de su hermoso semblante semejaba más bien un juez, que había ido á combatir los errores de los que le escuchaban, que un reo condenado á confesar y llevar la pena por los suyos. Pero, cuando el santísimo Levita, con un valor, un fuego y una gracia angelical, explicando parte por parte la historia divina, desde la vocacion de Abraham, hubo probado, que Jesús Nazareno, á quien hacia poco habian muerto injustamente, era sin duda alguna el verdadero Dios de sus padres, el deseado de las gentes, el esperado de los pueblos, el Rey prometido, Señor y Salvador, no solo de Israel, sinó del mundo entero; Aquel, por cuya venida se habian formado tantos votos, vertido tantas lágrimas y exhalado tantos suspiros; Aquel, cuya llegada habia sido precedida de tantos signos y misterios; Aquel, cuya suerte fué anunciada por los profetas en tantas formas y con tantas señales; que en Él y por Él se habia cumplido la ley, disuelto la Sinagoga, abolido las víctimas, cancelado el delito, sellado el gran pacto, y enteramente consumado la redencion del humano linaje; cuando Estéban, hermanando la invectiva con el raciocinio, hubo explanado todas esas cosas en plena asamblea ¿quién lo pensára? no hubo siquiera uno en aquel la orgullosa é imponente asamblea, que osára

resistir y oponerse al esforzado joven, quedando todos atónitos de su ciencia y hermosura celestiales. Solo que, más y más obstinados en su nefanda y detestable incredulidad, llenos de vergüenza y de despecho, tramaron desde aquel día su desapiadada muerte. Y ¡qué muerte! hermanos míos. Una muerte, que cubrió de luto y tristeza los corazones de todos los fieles; que mereció que se acogojáran los santos apóstoles; una muerte, que fué honrada con amargo y perpetuo llanto por toda la Iglesia: evidente prueba del crédito y estimación grandísima que era tenido el esforzado Levita, y del fruto que de su incomparable elocuencia recogía la religión cristiana. Y, con efecto; hubiera quedado inconsolable por tamaña pérdida la Iglesia, si, por otra parte, no hubiese hallado una compensación en el valor que infundió en todos los creyentes, para menospreciar la vida y la muerte por la gloria de Jesucristo. Y ¡cuán eterno y envidiable triunfo ha de ser éste para S. Estéban! Haber sido el primero, en presentarse á las gentes á dar testimonio con su sangre de la verdad del Evangelio; el primero, en ponerse á prueba del horror de los suplicios para sustentar la hora de la fé; el primero, en encontrarse frente á frente con la muerte, para dar fé del culto y de la religión de su crucificado Dios y Señor.

Bien veo, hermanos míos, lo mucho que amengua el esplendor de este clarísimo argumento de la virtud y del mérito de Estéban, la justa y elevada prevención que nos merecen los santos mártires. La costumbre que tenemos de sublimar el alma hasta el entusiasmo, maravillados y gozosos en vista de la portentosa multitud de hombres, mujeres jóvenes, niños y aún tierno infantes, que, esforzados y alegres, y como jugando entre la sangre y la muerte, corrieron por Jesucristo tan envidiable suerte, parece que aparta nuestro ánimo de la importancia y mérito que le cabe, de haber sido el primero en dar el ejemplo de tan heroica prueba. Para ponernos en la razón, ¿diremos, hermanos míos, que sea lo mismo seguir un camino trillado, que abrir camino nuevo y desconocido? ¿Tendremos por igual prueba, desplegar las velas para el nuevo mundo ahora, que la náutica ha sometido á su jurisdicción las aguas, las estrellas y los vientos, que cuando bramaban los vientos, ardían los astros y se ensorbecían las tempestades, sin que fueran conocidas sus leyes? Todos los mártires fueron valerosos y magnánimos, y mercedores, por lo tanto, de la gloria y los honores de que gozan los bienaventurados. Pero encontraron abierto el camino y quien les sirviese de guía y ejemplo en tamaña empresa; y todos sabemos cuánto valor infunde en nuestros pechos el ver, que hay quien camina delante de nosotros en el árduo

y laborioso sendero de la virtud. Solo Estéban, Estéban, únicamente, fué el primero, que, sin guía ni ejemplo, puso la planta en aquel terrible camino. el primero en despreciar la muerte; y el primero, en fin, en hacerse destrozarse y matar por Jesucristo. Lo cual hasta y aún sobra para entender, de que corazón habia menester aquel pecho, cuánta sería su bravura; y cuánta la virtud de su alma.

Bien sé, y no podemos en manera alguna dudar de ello, que la admirable fortaleza con que supieron acometer y sufrir tanto y tan felizmente los héroes de nuestra fé, la debieron á Jesucristo, cabeza y rey de todos los mártires. Él fué el divino Señor, que, con la alteza de su ejemplo; les hizo agradables las penas y tormentos. Él fué quien les hizo la muerte, no solo fácil y ligera, sino también risueña. Pero ¿quién nos impide el afirmar, que, merced á Jesucristo, contribuyeron mucho al glorioso triunfo de los mártires el valor y la fortaleza de Estéban? No calificéis de atrevida la alabanza, pues luego vereis las razones en que me fundo. Habiendo resuelto el Señor en sus inmutables designios, romper, por fin, las cadenas que por tanto tiempo habian agobiado á Israel, llamando á su esforzado y fiel ministro Moisés: Anda, le dice, y arrancando de la servidumbre á tu amado pueblo, condúccle inmediatamente al desierto, y levanta allí altares, ofrece víctimas y quema incienso en mi eterno nombre. Así lo quiero: anda, que solo mi voluntad te dará bríos para tamaña empresa. Con efecto, hermanos míos; apenas conocieron los hebreos el divino mandato, cuando con la prosteza que el amor á la libertad les infundia, y con la diligencia necesaria para burlar la perspicacia de un tirano, se encaminan precipitadamente, á favor de la noche, al punto donde les guía el taumaturgo profeta. Mas al día siguiente toman muy triste aspecto las cosas. Tienen á sus espaldas al enemigo, que anhela destrozarse y pasar los fugitivos á cuchillo. Estrechados los infelices israelitas entre el furioso amago de las armas, y el vasto y terrible golfo del mar Rojo, no les quedaba otra alternativa, que la desesperada de arrojar al agua en busca de la muerte, ó permanecer en la playa á merced de la implacable ira de sus enemigos. Pero ¿quién podrá burlar los decretos de Dios? Levanta Moisés su prodigiosa vara, y como si tuviesen sentido las aguas, al punto se separan, abriendo ancho y seguro camino á los desesperados israelitas. Y ¿creeréis que á pesar de esto, ni la alteza de este milagro, ni los ruegos de Moisés, que desde el enjuto seno del mar llamaba á los demás para que le siguiesen, pudo ser vencido el miedo de aquellas aterradas gentes, y que no hubo uno que osara pasar en péds de Moisés? Pase él enhorabuena, dirían, ya que manda á los elementos,

que seguro vá. Pero ¿quién nos asegura que nos suceda á nosotros lo mismo? Pase uno de los nuestros que no sea Moisés, y en tal caso, los demás seguiremos sin temor. En efecto, hermanos míos; apenas se hubo adelantado á pasar Aminadab, cuando impulsados de su ejemplo, hasta los corazones más madrosos, hombres y mujeres, viejos y niños, entraron todos en tropel en el arriesgado camino.

Hermosas almas de los santos mártires, que descansais en sempiterna y bienaventurada paz, si desde aquel sitio, si desde el seno de la Divinidad, donde todas las cosas mortales se ven con clara luz, os fuere dado oír este humilde y desaliñado discurso, no permita Dios que, para alabar á uno de los que forman vuestro inclito coro, llegue yo á empuñecer un punto de vuestra gloria. Yo bendigo y desearía poseer mil lenguas para bendecir á aquel Señor, que es principio y fin, premio y corona de aquella divina fortaleza; con que vencisteis el dolor y la muerte tan ostensible y felizmente. Séame lícito, empero; añadir con el profundo y humildísimo respeto debido á los Santos: si para cruzar el mar Rojo y el horrible y sangriento golfo del martirio, además del ejemplo del Hombre-Dios, demasiado grande para el hombre, se necesitaba para robustecer la humana flaqueza el ejemplo de un mero hombre, este hombre, bien lo veis, y en ello os gozais, este hombre escogido por Dios fué S. Estéban. Pasó Cristo, pero, atendido que era Dios, quizás le quedaba á la debilidad humana algun motivo para titubear en seguirle. Mas, cuando hubo pasado Estéban, hombre como los demás hombres, ya cesa el temor en todos los corazones, ya pasan millares de fieles en pús de él, y por él en pús de Jesucristo, como si pasasen alegres y triunfantes por un risueño prado. ¡Oh gloria de S. Estéban, de quien dimana, en cierta manera, la de todos los mártires juntos! Vaya á maravillarse el que quisiera, si, abiertos los Cielos, sentado Jesucristo al lado del Padre, contemplase, y con Él toda la corte de los bienaventurados, la fortaleza y valor de su invicto mártir. Yo no puedo hacerlo, que para tan grande y espléndido cuadro, no conviene teatro ménos digno que el propio Cielo.

Si he de confesaros, hermanos míos, con sinceridad, lo que yo opino, creo que más bien fué del agrado del Hombre-Dios la ardentísima caridad de Estéban, con la cual, sucumbiendo, rogaba por sus enemigos, que no volverle á ver imposible y constante resistiendo á sus crueldades. Aquellas palabras del inocente Levita, con que en medio de la tormenta de piedras que caían sobre su cuerpo, en medio de la sangre que manaba por mil heridas, postrado de rodillas y fijos en el Cielo sus amorosos ojos, se dirige al Señor entre suspiros

y llanto, diciéndole: Perdona Jesús á los que me matan; perdónales, no sea que este pecado atraiga sobre ellos un castigo eterno; perdónales; si, Dios mío, pues estos desdichados no saben lo que hacen; y profiriendo estas palabras, cerrados sus ojos llorosos; como arrobado de placidísimo sueño; termina su gloriosa carrera; este grandioso cuadro de la heroica caridad de Estéban debió de atraer á sí las miradas y el corazón de Jesús; y la contemplacion y el amor del Paraíso. Y ¿cómo podría dejar de ser así, cuando por él viene á ser ilustrado, ó ilustrado con grandeza, el más noble precepto de la ley evangélica, el triunfo más esplendente de la gracia redentora, la más cara divisa de los seguidores del Salvador, y la mejor prueba de la divinidad del Crucificado? Para llegar á tanto como rogar, y rogar muriendo por aquellos que nos dán la muerte, es menester nada ménos que ser hijo de Dios, ó por naturaleza como Jesucristo, ó por adopcion como S. Estéban.

Y despues de esto, hermanos míos, ¿quién quisiera oír más sobre la sabiduría, entereza y caridad de Estéban? Pero nó, que seria interminable mi discurso y vuestra devocion insaciable. Meditemos más bien la distancia, ó por decirlo mejor, la oposicion que media entre su heroica virtud y nuestra suma flaqueza. Joven y casi imberbe, demuestra ardoroso celo por defender, sustentar y promulgar una ley á la sazón naciente, resistiendo al furor y la crueldad de un pueblo, que se habia declarado ya enemigo cruel é implacable de la nueva doctrina! ¡Y nosotros nos dejamos ver tibios, indiferentes por la misma ley, que hemos mamado con la leche, que hemos heredado de nuestros abuelos, que está en el mediado de su esplendor y en la plenitud de su gloria! Estéban, en la primavera de su vida, valiente y esforzado, sin guía y sin ejemplo, es el primero en arrostrar la muerte para enaltecer la fé; y nosotros, á pesar del ejemplo de innumerables héroes, que por honra de la misma fé despreciaron valerosos la ira de los tiranos, tememos la crítica de los libertinos! Estéban, solicito por el bien del prójimo, que muriendo suplica y llora por sus verdugos; y nosotros, frios y olvidados de nuestra propia salvacion, ni aún quisiéramos llorar ni rogar á favor de nosotros mismos! Por Dios, hermanos míos; arrojemos ya la malhadada venda que nos impide contemplar la deliciosa luz; salgamos del mortal letargo que nos mantiene adormecidos á los golpes y á las voces de la gracia. Entremos de una vez en nosotros mismos; y llenos de santo pudor al considerarnos tan opuestos y disformes con el glorioso héroe cuya fiesta hoy celebramos, roguémosle que nos alcance luz y valor para cumplir los cargos y obligaciones de nuestra vocacion.

ciencia de uno solo es la que, decidiendo de lo justo y de lo injusto, resuelve la cuestión a favor de lo que es conforme á la voluntad de Dios, y resiste con la misma firmeza el poder de los tiranos, que el de los pueblos amotinados; y es ménos, porque á nadie amenaza, á nadie ofende, y la caridad cristiana se resiste á la destruccion y ofensa aún de sus propios enemigos.

Las consecuencias, pues, del gran sacrificio que hizo Dios viniendo al mundo y muriendo por nosotros, son beneficiosas á cada hombre en particular; y este beneficio, que parece aislado, resultaría general á la humanidad entera, si todos, igualmente, poderosos é importantes, cumpliesen los mandatos de Jesucristo.

En la ley antigua hubo mártires, porque Dios, según las necesidades morales del pueblo judío, á quien habia privilegiado, infundió su divina gracia á algunos santos varones, para que tuviesen el dón de profecía y la firmeza propias del verdadero cristiano; pero estos casos eran muy excepcionales en comparacion de los innumerables que nos presenta la Iglesia católica, siempre que la persecucion, que se ha hecho contra ella, exigió mártires, que sellasen con su sangre la confirmacion de su verdad y de su origen divino.

Si al presente vemos desviados los pensamientos del hombre de esas escenas de violencia, que se ejecutaban para conseguir, que un fiel cristiano renunciase á su Dios y consagrarse é incensase á los ídolos, debido es á la influencia de las doctrinas evangélicas, y á la sangre de los infinitos mártires que han muerto por la fé; enseñando, que son inútiles los tormentos para desterrar las convicciones de la religion, que derrama consuelos en la vida del huérfano abandonado, de la viuda desconsolada y del hombre, á quien las desgracias y las enfermedades han reducido á una misera existencia.

Entre los santos mártires que han imitado á Jesucristo en la consagracion de su vida humana, aparece el primero S. Estéban, cuya festividad celebra la Iglesia en este dia, y cuyas virtudes me propongo demostrar en honor suyo, y de nuestro divino Redentor, que le prestó su gracia.

Para llenar debidamente el objeto que me propongo, no hastan las escasas luces de mi entendimiento, si Dios, por su bondad infinita, no me presta una pequeña parte de la abundante sabiduría con que dotó muy especialmente al protomártir S. Estéban. Para conseguir este beneficio nos dirigiremos ántes á la Virgen Santísima: A. M.

Si yo consiguiese, amados oyentes míos, presentándoos el ejemplo de las virtudes y padecimientos del glorioso mártir S. Estéban,

infundir en vuestros corazones el deseo de acercarse á ellas, ya que no pudieseis imitarlas; el objeto de mi discurso quedaria cumplido, y nada seria más grato á la memoria de tan santo varon. No se necesita, en verdad, ahora como entónces, desafiar los peligros del martirio para practicar las verdades evangélicas; pero bien se necesitan en este tiempo de corrupcion grandes ejemplos, para sacudir la indiferencia con que se miran las cosas de la religion, atentos como están hoy todos los hombres más á la ganancia y lucro de los bienes terrenales y perecederos, que no á los de la gloria y de la inmortalidad, más grandes y más dignos; porque nuestra estancia en la tierra es un tránsito, y nuestra vida del otro mundo es la eternidad.

Así lo pensó el glorioso protomártir S. Estéban, cuando victima de su celo por la fé de Jesucristo, se expuso á las angustias de una persecucion, y á los dolores del martirio. Para que formeis una idea de sus servicios á la causa de la fé, y de las altas dotes con que estaba adornado su carácter, os manifestaré el estado de Jerusalén; de esa Jerusalén: á cuya ciudad enviaba Dios sus profetas y los mataba, y apedreaba á los enviados del Señor. Os daré á conocer las santas ocupaciones de nuestro protomártir, y la sabiduria con que las desempeñaba; y cómo estas circunstancias, que debieron servir para que fuese reverenciado y aplaudido, excitaron el ódio de sus perseguidores, y le acrearon un glorioso martirio. Muerto nuestro Redentor, y habiendo quedado los apóstoles en Jerusalén, hacian estos cada dia nuevos prosélitos con su predicacion, llegando hasta el punto de serles imposible á ellos solos administrar á los nuevos cristianos. Entónces fué cuando dirigiéndose á los mismos cristianos les dijeron, que eligiesen de entre ellos siete varones llenos de fé y de sabiduria, para que les ayudasen en la administracion de los fieles. En la eleccion que entónces se hizo, fué designado el primero S. Estéban con otros seis compañeros, llamados Felipe, Procoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolás. Estos distinguidos discípulos de los apóstoles fueron presentados á sus maestros, quienes imponiéndoles sus manos; les hicieron diáconos, estableciendo éste orden mayor inmediato al presbiterado ó sacerdocio.

Dedicados al desempeño de su ministerio los nuevos diáconos, se distinguió entre ellos S. Estéban, ostentando una sabiduria singular y el poder sobrenatural de obrar prodigios y milagros. Por esta razon le seguian muchos, y su fama se extendió por Jerusalén, excitando la odiosidad de la Sinagoga llamada de los Libertinos, Cyrineos y Alejandrinos. Como naciente todavía la nueva Iglesia, habiéndose convertido á ella alguno de los sacerdotes de la ley antigua, no ha-

bia una línea divisoria y marcada entre los judíos y cristianos, como la que existe al presente á los ojos del vulgo de los fieles: y solo cuando algun varón sábio y lleno de divina gracia, como S. Estéban, inculcaba en los demás la diferencia que mediaba entre la ley que privilegiaba y favorecía á los escribas y fariseos, y entre la ley que igualaba todos los hombres ante Dios, era cuando se hacían notar las diferencias, y padecían persecuciones iguales á la que se suscitó para martirizar á S. Estéban. En estos casos era cuando los que especulaban con las ofrendas del Templo y con la autoridad que les daba el sacerdocio, sacando la ley de Moises por texto, ó interpretándola á su placer, llamaban blasfemios á los que con las palabras de Jesucristo anunciaban la ruina del Templo de Jerusalén y la destrucción del pueblo judío.

Las primeras hostilidades que se practicaron contra nuestro santo mártir, fueron las provocaciones con que le estimulaban á comparecer en las sinagogas, con el objeto de disputar con él, convencerle de su ignorancia y desacreditarle; pero estas armas, empleadas repetidas veces contra nuestro Santo, se volvían contra sus enemigos. Dotado S. Estéban de un carácter firme, cual lo tiene todo hombre de fé, y concibiendo con su sabiduría, que nunca serviría mejor á Dios que ostentando sus doctrinas y la verdad de ellas al frente de sus enemigos, convenciéndoles de la verdad y divinidad de la nueva ley, y haciendo de ellos unos nuevos discípulos de Jesucristo, aceptaba los retos que se le dirigían, y disputando con ellos, salía siempre victorioso; porque nadie podía resistir su sabiduría; y porque lleno de gracia y fortaleza obraba grandes prodigios y milagros entre el pueblo. *Stephanus, plenus gratia, et fortitudine faciebat prodigia, et signa magna in populo, como dice S. Lucas en el capítulo sexto de los hechos de los Apóstoles.*

Viendo, pues, sus enemigos, que no podían por este medio conseguir la ruina de S. Estéban, trataron de suscitárle un juicio, y al efecto buscaron testigos falsos que declarasen, le habían oído decir blasfemias contra Moisés y contra Dios; excitando así los ánimos de los escribas y de los ancianos, y alborotando al pueblo contra él. Por este medio inició, de que se valen siempre los malvados para herir de muerte al infeliz, que por espíritu de bondad se opone á sus fines, ó al justo que los contraría, consiguieron reunir el Concejo, y conmovier el pueblo con el objeto de acabar con S. Estéban. Las leyes y costumbres de aquel tiempo permitían estos medios, porque los sacerdotes y ancianos de Jerusalén juzgaban los delitos de religion, como pudieran al presente los tribunales que conocemos en nuestros

días. Aprovechando, pues, este tumulto los Libertinos, Cyrineos, Alejandrinos y otros judíos de Asia que se hallaban en Jerusalén, prendieron á Estéban, y le llevaron ante el Concejo, prevenido de antemano contra él, y circundado de la plebe que habían conmovido y levantando contra su predicacion. Presentado en juicio, y hecha la acusacion por sus enemigos, los testigos depusieron: que S. Estéban habia predicado, que *Jesús Nazareno destruiria el Templo de Jerusalén, y mudaría las tradiciones ordenadas que dejó Moisés.* Grandes murmullos se agitaban al redor del Santo con el fin de intimidarle y conseguir de él victoria; mas ninguna de estas amenazas mudó en lo más mínimo el propósito de S. Estéban; y cuando el principe de los sacerdotes le preguntó, si eran ciertas las acusaciones que se le hacían, él contestó de esta manera.

Mucho deseára yo, al trasladar la magnífica reseña que de la historia antigua del pueblo de Dios hizo S. Estéban, tener la elocuencia con que el santo mártir se expresó en aquellos momentos, en que dirigiéndose á todos los circunstantes, les dijo: Varones, hermanos y padres, escuchadme: cuando el Dios de gloria que habita en las alturas se dignó aparearse á nuestro padre Abraham en las llanuras de la Mesopotamia, y le dijo: *Sál de tu patria, deja tus parientes, y vén, á habitar los campos que yo te mostraré; Abraham obedeció la voz del Señor; y abandonando la tierra de los caldeos, se dirigió á la de Canaán, donde habitó sin darle en ella posesion, y prometiéndole solo que pertenecería á sus descendientes, cuando aún no tenia ningun hijo. Entónces fué cuando Dios le anunció, que su descendencia moraría en tierra estraña, que seria esclavizada, y muy mal tratada por espacio de cuatrocientos años; pero que Él juzgaría á sus opresores; y al cabo, saldría ella de la servidumbre, y adoraría á Dios en la tierra prometida. El signo de este concierto entre el Señor y Abraham fué la circuncion, que Abraham hizo de todos los descendientes de su casa, en Isaac su primogénito á los ocho dias de nacido. Isaac la hizo en Jacob, y Jacob en los doce patriarcas sus hijos. Éstos, movidos de envidia contra José, el predilecto de Jacob, le vendieron á unos mercaderes que lo llevaron á Egipto, donde consiguió por la gracia y sabiduría que Dios le habia concedido, ser, en nombre de Faraon, gobernador de su reino. Entónces fué cuando experimentada el hambre en la tierra de Canaán, acudieron á Egipto los hermanos de José, y le reconocieron, y le pidieron perdon; y cuando éste les dió para habitar la tierra de Gessen á ellos y á todos los descendientes de Jacob, donde permanecieron multiplicándose, hasta que se iba acercando el tiempo, en que se habia de cumplir la promesa que hizo Dios á Abra-*

hán, de dar la tierra de Canaán á sus descendientes. Cuando este tiempo se acercaba fué cuando Moisés, enviado por Dios al pueblo judío, para libertarle de la dura esclavitud á que le habian reducido los reyes Faraones que no conocieron á José, le sacó de Egipto por medio de prodigios y milagros, atravesando á pié junto el mar Rojo, permaneciendo en el desierto cuarenta años, donde Moisés dió leyes al pueblo judío, y estableció el tabernáculo y ceremonias del Templo, segun Dios le había prevenido.

Despues fué cuando los judíos conquistaron la tierra de Canaán, y en ella, el rey Salomon edificó el Templo, que tanta fama dió al pueblo judío entre las naciones de la tierra. Mas el Altísimo no habita en templos hechos de mano de los hombres, como dice el profeta, hablando en nombre del Señor: «El Cielo es mi trono, y la tierra es el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificareis, ó cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas? Duros de cerviz, incircuncisos de corazon y de oídos; vosotros resistis siempre al Espíritu Santo como lo hicieron vuestros padres: ¿á qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron á los que anunciaron la venida del Justo, que vosotros acabais de entregar y matar.» De este modo S. Estéban, echándose en cara la persecucion hecha á nuestro divino Redentor, y manifestándoles su ceguedad con no dar crédito á la venida del Mesias, daba una prueba evidente de su fé y su sabiduría; y excitaba el odio de sus perseguidores, que le contradecian con ademanes descómpuestos, y excitaban á que le acometiera al pueblo amolinado. Negaban los judíos la venida del Hijo de Dios; grande tumulto trataba de oscurecer la voz de S. Estéban; mas él, estando lleno del Espíritu Santo, volvió los ojos al Cielo, y vió á Dios en todo su esplendor, y á Jesús, que estaba á su diestra sentado. En estos momentos de confusion por parte de sus perseguidores; y de divino éxtasis por parte del mártir, que estaba dispuesto á exhalar hasta el último suspiro por dar fé y testimonio de la venida del Mesias, fué cuando exclamó: «Estoy viendo ahora los Cielos abiertos y al Hijo del Hombre sentado á la diestra de Dios.» Al oír estas palabras todos los circunstantes daban grandes voces, tapaban sus oídos, y llenos de ira acometían á S. Estéban, que sin enojó y con compasion contemplaba su ceguedad y extravió; mas ellos, insistiendo en acometerle, le llevaron fuera de la ciudad con el objeto de acabar con su vida. De este modo principió en Jerusalén la persecucion de los que creían en Jesucristo.

Echado S. Estéban fuera de la ciudad, principiaron todos los judíos á apedrearle sin compasion y sin piedad, para concluir de una vez con

su vida. ¡Ah ciegos y miserables pecadores! ¿Cómo desconocéis el gran crimen que perpetráis, asesinando á un hombre indefenso, cuyo delito se reduce á amaros, y á tratar de proporcionar á vuestras almas empedernidas los beneficios que el Hijo de Dios os legó con su Pasion y muerte? ¿Por qué en lugar de apedrear al santo mártir no le imitais en caridad, cuando puesto de rodillas recibia vuestros golpes, y exclamaba en alta voz diciendo: «Señor, no pongas en la balanza de tu justicia este pecado á mis enemigos.» De esta suerte, aquel divino mártir, ejemplo de ministros del santuario, ostentaba una caridad semejante á la que Jesucristo demostraba, cuando, muriendo por mano de los hombres, buscaba su salvacion. Pero la bondad que nuestro Santo demostraba en aquellos momentos no mitigó el encarnizamiento de sus enemigos, quienes, continuando en apedrearle, le hirieron en todo su cuerpo, hasta que, sintiendo que iba á morir, se incorporó de rodillas; y pidiendo al Señor por sus perseguidores, murió para la tierra y para los hombres que no le merecian, volando su alma á disfrutar en mejor morada de los gloriosos goces de la vida de los justos.

En este suceso, del que fué héroe el protomártir S. Estéban, podemos aprender dos cosas de muchísimo interés, para merecer con nuestras obras en esta vida, y llegar á obtener gloriosos premios en la otra. Una es, conocer los extravíos á donde nos conduce el olvido de la fé y de la religion, como se demuestra en la conducta de los judíos, que no perdonaron ningun medio de concluir con el glorioso S. Estéban; y otra es, la firmeza que presta la fé para resistir con ánimo fuerte y sereno las persecuciones de nuestros enemigos. Con la primera; conseguiremos, si nos penetramos bien de ella, no pertenecer á esa nueva turba de reformadores y monopolizadores de las cosas santas, alabando la religion en lo que ellos quieren, no para lo que Jesucristo enseñó; y evitaremos hacer el papel de testigos falsos, deponiendo á favor de los perseguidores de sus semejantes. Por huir del conocimiento de esta verdad, lo escribas, los fariseos y los de la sinagoga de los Libertinos Cyrineos Alejandrinos, unidos á los testigos falsos, se acarrearón la perdicion eterna, promoviendo la persecucion y muerte del primer mártir de la Iglesia.

Con la segunda se nos ofrece un ejemplo que imitar, desafiando en cualesquiera circunstancia al falso testimonio y la injusticia, aunque ahora, por ser diferentes los tiempos, sea más fácil el cumplimiento de nuestros deberes, si se tiene por lo más dificultoso morir con el objeto de acreditar la fé de Jesucristo. Si en estos tiempos no nos amenazan esta clase de peligros, no por eso dejan de existir muchos otros,

que es preciso evitar, persuadiéndose como S. Estéban de la verdad de la fé. Ahora nos vemos acometidos por un indiferentismo para con la religion que es preciso combatir, si no queremos pertenecer á ese número de réprobos, cuya ocupacion constante se reduce á inventar cada dia nuevas persecuciones, ya con un pretexto, ya con otro, para conseguir la posesion de los beneficios sociales que obtenian ú obtuviesen sus víctimas. Harto necesitan los nuevos perseguidores de los hombres justos encontrar quien resista á sus iniquidades, y demostrarles, que Jesucristo ha venido; y que al tiempo de explicar en la tierra las verdades de la moral evangélica, ha ofrecido castigo á los malos y premio á los buenos.

Procuremos, amados oyentes, pertenecer al número de los premiados imitando á S. Estéban; y para conseguirlo más fácilmente, solicitemos su intercesion y la proteccion que nos dispensará con el espíritu de bondad con que lo hizo á favor de los enemigos que le apedearon hasta concluir con su vida. El que tan caritativo se mostró con que le maltrataban, ¿desechará las súplicas de los que le bendicen? aquellos Seguramente que nó: la fama de su bondad y de sus virtudes, que la Iglesia celebra desde sus primeros tiempos, considerándole el primero de sus diáconos y el primero de sus mártires, es una garantia de que acogerá nuestras invitaciones é impetrará del Señor, por los abundantes méritos que contrajo en su glorioso martirio, la gracia que necesitamos para aproximarnos á la imitacion de sus virtudes, mereciendo bien á los ojos de nuestro Redentor. La comunidad de méritos que establece la Iglesia, entre los que pertenecen á la parte militante que habita en la tierra, y la parte triunfante que goza de la presencia de Dios en el Cielo, nos debe de animar á seguir el buen camino; para que, cumplidos por nosotros los preceptos de la religion, los méritos de los santos mártires, como S. Estéban, nos sirvan de apoyo para continuar en la gracia, y con ella obtener los beneficios que nos dispensa en esta vida, y esperar el premio prometido á los justos en la otra. *Amén.*

PANEGÍRICO

DE SAN EUGENIO, ARZOBISPO Y MÁRTIR.

In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.

Yoos he engrandecido en Jesucristo por medio del Evangelio.

(I. Cor. IV. 15.)

Las naciones entonan himnos de alabanza á aquellos que se distinguieron un dia en las artes ó en las ciencias, ya en la pericia militar, ya en los difíciles secretos de la política; la Religion celebra las glorias de aquellos aguerriados campeones, que, ora con las armas de la palabra evangélica conquistaron para Dios algun pueblo victima del error, ora con sus virtudes y grandiosos servicios la ilustraron y engrandecieron. Entre estos brilla el héroe que hoy vengo á elogiar á nombre de la Religion y de la Fé. Toledo, ciudad antiquísima, silla un dia imperial y corte de nuestros más augustos monarcas; yacia envuelta en las sombras teneblas del paganismo, cuando el siglo II de la era cristiana comenzaba á recorrer su primer periodo. El Señor no habia olvidado esta importantísima porcion de su heredad; en sus amorosos designios teniale designado un apóstol, á quien cometiéra la sublime al par que difícil mision de anunciarle la buena nueva. Tal suerte cupo al insigne y nunca bien elogiado Eugenio, cuyas glorias recordamos hoy entusiasmados de un justo júbilo. Instruido en la fé por los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, ordenado despues de obispo por el papa S. Clemente, acompaña á S. Dionisio hasta Paris: de allí parte, con la celeridad del relámpago, atraviesa las montañas, y llega por fin á Toledo. ¡Oh dia de ventura para este pueblo hasta entónces desgraciado! Tu nombre quedará impreso con caracteres eternos en los pechos de unos habitantes, á quienes trajiste aquella aurora, que desde entónces jamás se ha visto oscurecida.

Si, oyentes: Eugenio, lleno de celo por la gloria de Dios vino á